

Apuntes Sobre "Una Tierra Misteriosa"

(Notes on "A Land of Mystery"; The Theosophist, August 1880)

H.P. Blavatsky

A la editora de la revista "Theosophist".

He leído con gran interés su excelente artículo sobre "Una Tierra Misteriosa". Sus palabras muestran un espíritu investigador y un amor por la verdad realmente encomiable y usted recibirá el respeto, la aprobación y la alabanza de todos los lectores imparciales. Sin embargo, hay algunos puntos en los que discrepo con usted. Para explicar las similitudes más desconcertantes existentes en las maneras y usanzas, los hábitos y las tradiciones sociales de la humanidad primitiva de los dos mundos, se vale de la antigua teoría platónica según la cual los continentes tenían istmos de tierra que los unían. Sin embargo, las recientes investigaciones en el "Novemyra", han desacreditado para siempre tal teoría. Ellos prueban que, con la excepción de Australia que se separó de Asia, jamás hubo una sumersión de tierra tan gigantesca capaz de producir un océano Atlántico o Pacífico. Las mares, desde su formación, nunca han cambiado sus antiguos lechos de manera excesivamente amplia. Según el profesor Geike, en su geografía física, los continentes siempre ocuparon las posiciones actuales, salvo que, a veces, sus costas han avanzado o retrocedido por algunas millas de la mar.

Usted no se hubiera equivocado si hubiese aceptado la teoría de M. Quatrefages de la migración marina. Todos los monogenistas avienen con que las planicies de Asia Central fueron el centro donde apareció la raza humana. De este lugar, oleadas sucesivas de emigrantes, se instalaron en los ángulos más recónditos del mundo. No es una sorpresa que los antiguos chinos, hindúes, egipcios, peruanos y mexicanos, que en un tiempo habitaban en el mismo lugar, muestren similitudes muy marcadas en ciertos puntos de su vida. La proximidad de los dos continentes en el estrecho de Behring, permitió a los emigrantes efectuar el pasaje de Asia a América. Un poco hacia el sur, está la corriente de Tassen, el Kourosivo o el flujo negro de los japoneses, que abre una gran ruta para los navegadores asiáticos. Los chinos han sido una nación marítima desde la antigüedad remota y puede ser que sus barcos se asemejaban a los del navegador portugués Cabral en los tiempos modernos, capaces de llegar a la costa americana fortuitamente. Sin embargo, omitiendo todas las cuestiones de posibilidades y accidentes, sabemos que los chinos descubrieron la aguja magnética ya en el 2.000 A.C. Con su ayuda y la de la corriente de Tassen, no debe haberles resultado difícil llegar a América. En efecto, según nos informa Paz Soldán en su "Geografía de Perú", establecieron una pequeña colonia en este país y "al finalizar el quinto siglo, los misioneros budistas enviaron misiones religiosas para que se llevaran las doctrinas de Buda a Fou-Sang (América)." Sin duda, esto provocará cierto desagrado a muchos lectores europeos. No están de acuerdo en acreditar una declaración que les sustrae el honor del descubrimiento de América, para tributario a los que ellos llaman, con complacencia, "una nación asiática semibárbara." A pesar de todo es un hecho diamantino. El capítulo XVIII de "Las Especies Humanas" por A. de Quatrefages, será una lectura interesante para todos los que quieren saber algo sobre el descubrimiento de América por parte de los chinos. Sin embargo, como el espacio en su libro es limitado, el relato es muy breve. Espero, firmemente, que usted terminará su interesante artículo haciendo referencia a esto y dándonos los detalles de todo lo que se sabe tocante a dicho tema. Irradiar luz en un punto que hasta la fecha se ha encontrado sumergido en la oscuridad misteriosa, no será indigno de la pluma de un ser cuya vida se centra en la búsqueda de la verdad y que, una vez encontrada, se atenderá a ésta cueste lo que cueste.

Amrita Lal Bisvas

Calcuta 11 de Julio

El poco tiempo libre a disposición este mes, no nos permite contestar, detalladamente, a las objeciones concernientes a la hipótesis de la Atlántida, que nuestro suscriptor ha inteligentemente sometido. Sin embargo, veamos si son tan inexpugnables como parecen ser a primera vista; aunque se basen en "investigaciones recientes" que, "de una vez por todas, han desconceptuado esa teoría."

Sin profundizar en el tema, podemos limitarnos a una breve observación. Más de una cuestión científica que en un tiempo pareció haberse dirimido para siempre, al despuntar de otra, detonó sobre las cabezas de los teóricos que habían olvidado el peligro de elevar una simple teoría en un dogma infalible. No hemos puesto en entredicho la afirmación de que: "jamás ocurrió un sumergimiento de tierra tan gigantesca capaz de producir el océano Atlántico y Pacífico"; ya que nunca pretendimos sugerir nuevas teorías tocante a la formación de los océanos, los cuales pueden haber mantenido su posición actual desde que aparecieron; sin embargo, continentes enteros pueden haberse subdividido en fragmentos parcialmente sumergidos, dejando un sinnúmero de islas como parece que aconteció con la Atlántida cuando se abismó. Lo que quisimos decir es lo siguiente. En algún período prehistórico y mucho antes de que el globo pululara con naciones civilizadas, Asia, América y tal vez Europa, pertenecían a una vasta formación continental unida por istmos como los que, evidentemente, existían donde ahora está el Estrecho de Behring¹ o por sábanas de tierra mucho más amplias. Al mismo tiempo, no impugnamos a los monogenistas, según los cuales, Asia Central es la cuna de la humanidad, sino que dejamos tal tarea a los poligenistas, capaces de cumplirla con más éxito que nosotros. De todos modos, antes de que podamos aceptar la teoría de la monogénesis, sus defensores, para explicar las palmarias diferencias en los tipos humanos, deben ofrecernos algunas hipótesis *irrefutables*, mejores que la "bifurcación causada por la diferencia de clima, hábitos y *cultura religiosa*." M. Quatrefages puede permanecer, indisputablemente, como el naturalista, el físico, el químico y el zoólogo más distinguido, aunque no logramos comprender por qué deberíamos aceptar sus teorías, prefiriéndolas sobre todas las demás. Evidentemente, Amrita Lal Bisvas alude a la narrativa de alguna expedición científica que costó el Atlántico y el Mediterráneo, emprendida por este francés eminente, a la cual le dio el título de "Recuerdos de un Naturalista." Nuestro corresponsal parece equiparar a M. Quatrefages a un Papa infalible en lo que concierne a las cuestiones científicas. Esta no es nuestra posición, aunque ha sido miembro de la Academia Francesa y es un profesor de etnología. Su teoría acerca de las migraciones marinas puede impugnarse con un centenar de teorías directamente opuestas. Es porque hemos dedicado toda nuestra vida a la búsqueda de la verdad, agradeciendo a nuestro crítico por haberlo admitido de forma encomiástica, que *jamás aceptamos por fe ninguna autoridad*, trátase del asunto que se trate, ni sugeriríamos, a nuestros amigos, que no hagan lo mismo; ya que estamos en pos de la Verdad y del progreso, valiéndonos de una investigación completamente intrépida, intocada por alguna consideración.

Dicho lo anterior, ahora podemos introducir algunas de las razones por las cuales creemos en la presunta "fábula" de la Atlántida sumergida, aunque lo explicamos elocuentemente en "Isis Sin Velo", (vol. I., pag. 590, versión inglesa).

Primero. Tenemos, como prueba, las tradiciones más antiguas de las poblaciones más heterogéneas que vivieron en continentes distantes: las leyendas en la India, en la antigua Grecia, en Madagascar, Sumatra, Java y todas las islas principales de la Polinesia y de las Américas. Ya sean los salvajes o las tradiciones literarias más ricas en el mundo, la literatura sánscrita de la India, convienen en decir que, en un pasado remoto, en el océano Pacífico existía un gran continente que, debido a un seísmo geológico, se sumergió. Nosotros creemos firmemente, aunque estemos dispuestos a corregirnos, que la mayoría de las islas, si no todas, del archipiélago malayo hasta la Polinesia, son fragmentos de este inmenso continente de antaño, ahora sumergido. La Malaca y la Polinesia, que yacen en los antípodas del océano y que, memoria humana jamás trabaron, ni pudieron haber trabado alguna relación o aun saber de la existencia mutua, poseen, todavía, una tradición común en todas las islas y los islotes, según la cual, sus respectivos continentes se extendían por un amplio tramo en el mar; en el mundo existían sólo dos inmensos continentes: uno habitado por seres amarillos y el otro por morenos y del océano, obedeciendo a la orden de los dioses y para castigarlos por sus incesantes peleas, los ingirió.

Segundo. A pesar del hecho geográfico que la mutua distancia de Nueva Zelandia, Sandwich y las Islas de Pascua oscila entre 800 y 1.000 leguas y que, según todo testimonio, ni ellas, ni ninguna isla intermedia: las Marquesas, Sociedad, Fiji, Tahiti, Samoa y otras, pudieron comunicarse desde que se convirtieron en islas y antes de la llegada de los europeos; ya que las poblaciones indígenas desconocían la brújula. Aún, cada una de éstas, sostiene que sus respectivos países se extendían hacia occidente, rumbo a la vertiente asiática. Además, todos hablan dialectos dimanantes, evidentemente, del mismo idioma y debido a las pequeñas diferencias, pueden entenderse sin muchos problemas. Tienen las mismas creencias religiosas, las idénticas supersticiones y las usanzas muy parecidas. Puesto que pocas islas polinésicas fueron descubiertas antes del siglo pasado, Europa desconocía el mismo océano Pacífico hasta los días de Colón y dichos isleños jamás cesaron de repetir las mismas antiguas tradiciones desde que los europeos pisaron sus riberas, nos parece una deducción lógica que nuestra teoría se acerca a la verdad más que cualquier otra. La casualidad debería cambiar su nombre y su sentido si todo

¹ Este estrecho coliga el océano Pacífico del Norte y el Ártico, y tiene una profundidad entre las 20 y 25 brazas.

esto dependiese sólo de ella.

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.com